

**José Ignacio Mantecón. Vida y obra
de un aragonés en el destierro.
Torres H. Mantecón, Marco Aurelio. Zaragoza:
Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2005, 206 p., il.
ISBN 848-32-4220-6**

Muchos de los que van a leer estas páginas conocimos a don José I. Mantecón. Lo tratamos y admiramos por su erudición, simpatía, sentido del humor; cualidades que su nieto Marco Aurelio esculpe magistralmente en este libro y que el lector puede recrear con sólo abrir sus páginas. "Es una historia de familia y exilio", dice el autor, y efectivamente así es. El protagonista es un hombre que nace en el seno de una gran familia, el clan Mantecón; que vive una infancia y juventud tocadas por la mano de la Fortuna, y que pronto descubre el mundo de las carencias. Poco a poco se entrega a ese mundo hasta perder lo que la Fortuna le regaló, mas no lo que él adquirió: sabiduría, humanismo y sensibilidad social. Con estas herramientas se enfrentó a una época de cambio violento que desembocó en una guerra civil. Tuvo que meterse a "guerrero de verdad" y tomar parte en una contienda que le costó la pérdida de su patria. Con el

tiempo, el destierro fue su mejor morada, el espacio donde creó una obra perdurable y enriquecedora.

Su nieto deja claro que su vida es paradigmática en el mundo intelectual del siglo xx; bueno, de un intelectual nacido burgués. Vino al mundo en 1902 a raíz del desastre del 98. Pero recordemos que, después de este terrible bache, el movimiento regeneracionista dio sus frutos y la clase intelectual española logró imponer algunas de sus propuestas, no sólo en el ámbito académico sino también en el político, al tiempo que la economía crecía con la Primera Guerra Mundial. Esta época la retrata muy bien Marco Aurelio simbolizada en el "clan Mantecón", alrededor de don Miguel, padre de José Ignacio. Severo, bajito, energético, ingeniero de caminos y buen organizador de obras públicas, forjó una importante fortuna y ayudó a la transformación de Zaragoza. Marco Aurelio recoge una atinada caricatura

del abuelo en un verso popular:

Con que aquí vemos
a Mantecón
que en cada dedo
tiene un millón
posee fincas
plata y papel
¡Caray qué envidia
quien fuera él!

Fue precisamente a raíz de la Primera Guerra Mundial cuando don Miguel funda su empresa constructora, “Vías y Riegos”, uno de los motores de canales, presas y hasta líneas de ferrocarril de su época. En Zaragoza llegó a ser mecenas de empresas culturales y recibió la Medalla de Oro de la ciudad. Además, se había casado con Concepción Navasal, de familia muy acomodada y, como era de esperar, tuvieron 13 hijos. Doña Concha viajaba en Cadillac negro y amarillo con chofer de librea, y veraneaban en San Sebastián. Marco Aurelio recrea la vida del clan: las cenas familiares, el gozo de los padres, los veraneos en San Sebastián, los viajes, las compras; eran alegres, se querían unos a otros, disfrutaban la vida con gusto y sentido del humor, y a pesar de los duros acontecimientos que vivieron después, nunca se enemistaron. En aquella época la vida del clan Mantecón era una delicia; era “el dulce encanto de la burguesía” que, según algunos, debería formar parte de nuestros derechos humanos.

Mientras, José Ignacio hizo su primaria y bachillerato en el Colegio de los Jesuitas de El Salvador, y allí conoció a Luis Buñuel. Se hicieron amigos para siempre. De El Salvador salió “profundamente católico” y entró en la Universidad a los 14 años, a estudiar Filosofía y Letras, carrera que acabó a los 20 años. Fue invitado a ser profesor ayudante y, para dar gusto a su padre, cursó la carrera de Derecho. Los jóvenes del clan Mantecón se iban haciendo personas adultas, maduraban, terminaban sus carreras. José Ignacio también, al tiempo que se hacía más y más republicano y antijesuita. Perdió la fe, leyó el Manifiesto comunista y empezó a dar mítines. En 1921 uno de sus hermanos murió en la guerra de África —el desastre de Annual— y nunca fue encontrado su cuerpo. Dos años después vino la dictadura de Primo de Rivera y José Ignacio era ya un converso al republicanismo, empujado ante la necesidad de un profundo cambio social.

Pero su amor al humanismo, al latín, a la historia, era su columna vertebral, su motor vital. Ingresó al cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos, y lo destinaron a la Sección de Libros Raros y curiosos de la Biblioteca Nacional de Madrid. En aquella ciudad conoció y alternó con los intelectuales de la generación del 27, de la Residencia de Estudiantes. Hizo su doctorado en Historia de América y en 1926 se trasladó al Archivo de Indias, en Sevilla, encargado de la sección de América del Norte.

En Sevilla, con su republicanismo auestas, siguió viviendo el dulce encanto de la burguesía: el encanto de haberse casado en 1927 con Concha, la mujer que quería, compañera eterna de venturas y desventuras; de hacer lo que le gustaba en el Archivo de Indias, rodeado de buenos amigos americanos; de representar la constructora de su padre, que en 1929 estaba encargada de parte de los pabellones de la Exposición Universal. Concha y él disfrutaban de una intensa vida social y los fines de semana visitaban San Lúcar de Barrameda en yate con sus amigos. Eso no impedía su compromiso con el cambio social, y José Ignacio seguía con sus mítines. Quizá esta dimensión le dio un prestigio popular y en 1932 fue elegido presidente del club de fútbol español Betis, con el cual vivió un momento de gloria, pues bajo su presidencia el equipo sevillano pasó a la Primera División.

La República y la Guerra Civil fue, sin duda, el momento culminante de su vida en España. El investigador que creía firmemente en el Manifiesto comunista se mete en el peligro, en la lucha. Una noche protege en su casa de Sevilla a dos conjurados en el fallido golpe republicano de Jaca de 1930; los esconde, les ayuda a pasar a Portugal. Quizá asustado de verdad, su padre lo llama a Zaragoza y le pide que le ayude en sus empresas. Y en 1935 José Ignacio vuelve a su ciudad, donde le esperaba un cambio en su vida. Deja por el momento las humanidades y ayuda

a su padre en los negocios, aunque sin dejar la militancia política. A veces, cuenta su nieto, acudía a los mítines en el Studebaker de la empresa; estaba entusiasmado con el ambiente republicano, el anticlericalismo, con la reforma agraria, con lo que él llamaba "las tesis de la revolución democrática desde el poder".

Para su fortuna, el levantamiento del 18 de julio le tocó en Madrid por un hecho fortuito que Marco Aurelio pondera mucho, y con razón: José Ignacio adelantó su viaje a Madrid después de un altercado con su cuñado por el asesinato de Calvo Sotelo. Si se hubiera quedado en Zaragoza, decía él, "hubiera yo favorecido la agricultura en forma de abono orgánico". Y efectivamente así hubiera sido, pues en Zaragoza lo buscaron enseguida que triunfó la rebelión y, al no encontrarlo, don Miguel, su padre, recibió varios castigos en sus negocios y Concha, su mujer, estuvo presa más de tres años.

La guerra fue cruel con la familia, aunque para José Ignacio fue la oportunidad de realizar sus ideales. A la distancia está claro que con su valentía y capacidad organizativa sirvió a su país y al devenir de la historia. Su actuación durante los casi tres años de guerra forma un capítulo lleno de vigor y dramatismo en el libro de su nieto. "Llegó la hora de hacer lo que pensamos, la hora de la verdad", solía decir. Y así, en el desorganizado verano de 1936, José Ignacio organizó las

milicias aragonesas con los huidos del frente de Aragón. Fue nombrado comisario de la 72 Brigada Mixta y entró en su primera campaña militar: la batalla de Guadalajara, importantísima para la defensa de Madrid. Hubo en esta larga batalla momentos dramáticos y otros de gran valor humano, que en el libro se recogen con amor y sensibilidad histórica. Yo creo que José Ignacio fue tomando un papel relevante en el contexto político y cuando vino la reestructuración del Estado por Juan Negrín en 1937, Mantecón fue nombrado gobernador general de Aragón. Recordaba él aquel nombramiento del 11 de agosto de 1937 diciendo que "le tocó bailar con la más fea". La verdad es que le tocó bailar una pieza difícil, pues en Aragón triunfaron los anarquistas y gobernaban los consejos revolucionarios, la "organización de la desorganización". En tiempos tales, los consejos se debatían indefinidamente en la necesidad de hacer la revolución antes de ganar la guerra; es más, pensaban que el triunfo de la revolución llevaba a un triunfo automático de la guerra; teoría peregrina que contrastaba con la realidad. El gobierno de Negrín disolvió por decreto el Consejo de Aragón y envió como fuerza de choque a Enrique Lister con la Undécima División. Como gobernador general, Mantecón suprimió los consejos revolucionarios, promovió la restauración del municipio, la reforma agraria, las obras públicas, el uso del dinero. Reconstruyó el orden republicano y

suavizó la relación del Ejército con el pueblo. Él siempre estuvo convencido de que hizo lo que tenía que hacer. La verdad es que, al leer este capítulo que Marco Aurelio describe sin ocultar los momentos de dramatismo y también las anécdotas, se saca la conclusión de que es muy difícil defender un sistema democrático con plenitud de la libertad, inclusive la libertad del caos. José Ignacio era de izquierdas, revolucionario y debe haber sido muy difícil para él tomar decisiones contra una forma de pensar que, basada en la revolución social, corría peligro de destruirse a sí misma. Terrible paradoja que todavía es tema de debate entre los historiadores y sociólogos.

Pero en medio de estos vendavales en verdad angustiosos, de enorme responsabilidad histórica, Mantecón volvía al humanismo. En el libro de Marco Aurelio se recoge uno de estos momentos maravillosos que alivian la tristeza del ser humano en situación de desastre. Tras la caída del frente de Aragón, Mantecón fue nombrado comisario del Ejército del Este, en diciembre de 1938, e inmediatamente formó una Unidad de Propaganda. Colaboraron con él Altolaguirre, Rafael Dieste, Emilio Prados, Ramón Gaya y Concha Méndez. Concha escribía poesía y cancioncillas que entonaban los soldados. Mantecón la quiso conocer y la invitó a comer; es más, le propuso ser capitán honorario por aquellas canciones que sus soldados no creían que fueran creaciones de una

mujer. Buscando en la Antología de Concha, que hace unos años preparó su nieto James Valender, encontré un poema que acaso es de aquellos días de retirada. Está dedicado a España, y en él se enciende la esperanza de un Renacimiento.

Anegada en la sangre de propios y de
extraños
salida de sí misma a terrible combate
traspasa las fronteras, porque no es sólo
suya
la causa que sostiene, que en su vuelo
debate...
Ya la veo encenderse sobre toda la
Historia
esforzada en ganarse el legítimo cielo.
Frente a la muerte misma por la libertad
lucha:
la libertad del mundo renacerá en su
suelo.¹

Pero la anécdota va más lejos. Cuenta Marco Aurelio que Altolaguirre le propuso hacer una nueva edición de España en el corazón, de Neruda. Localizaron un viejo molino de papel de trapo cerca del monasterio de Santa Creus y el libro se imprimió en las prensas de Monserrat: una maravilla tipográfica que inauguró las Ediciones Literarias del Comisariado del Ejército del Este. Al libro de Neruda siguieron otros: el Cancionero menor para los combatientes, de Emilio Prados, y España, aparta de mi este cáliz, de César Vallejo, que salió el 20 de enero de 1939, pocos días antes de que cayera

Barcelona. Quizá la edición de estos libros le dio fuerzas para continuar hasta el final, hasta el momento de embarcarse en el barco inglés Galatea. Posiblemente pensó que en ellos se guardaría el espíritu de la España que parecía morir, pero que viviría muy pronto fuera de España.

No quiero alargarme mucho más, pero quiero enfatizar que los capítulos del exilio son tan fascinantes como los anteriores. En ellos se narra lo que un destierro supone de angustia y también de esperanza: la huida de España, el campo de concentración —hambre, frío, humillación—, la Segunda Guerra Mundial, la travesía del Atlántico, la llegada a Santo Domingo y por fin, como de milagro, a México, tierra de exilio y nueva patria. Aquí recupera Mantecón a su esposa Concha y a sus dos hijas, Conchita y Matilde, y comienza una nueva vida, que Marco Aurelio reconstruye con cuidado, cariño y verdad leyendo muchos documentos, algunos inéditos, del archivo familiar y recordando vivencias, muchas de ellas adquiridas casi sin sentir, como parte de la conversación cotidiana de su casa. En la narración, sus abuelos van reconstruyendo su mundo. Cerca de ellos vi-vían varios amigos con los que se reunían seguido, especialmente con Juan Rejano, quien todas las noches llegaba a merendar. En realidad llegaban muchos y, aunque la familia era tranquila y austera, no faltaban los fies-tones tipo reventón como aquellos de Sevilla de recién casados, sólo que

ahora, decía Concha, se hacían con “whisky del refugiado”, que no era sino ron con agua; los domingos aparecían los Buñuel a prepararse los buñuelonis, ginebra con vermut. Los que lo visitamos, sentimos que José Ignacio y Concha habían creado un rincón de España en donde se hablaba de derrota, pero mucho más de esperanza. Creo que en el libro, Marco Aurelio llega hasta lo más profundo de este rincón y recuerda lo que Concha llamaba el Club Náutico, que no era sino las reuniones del Partido Comunista, porque José Ignacio se afilió al comunismo en 1948. Era en realidad un comunista extraño que no tenía empacho en alabar a un conservador como Menéndez Pelayo.

Pero en verdad, por encima del comunismo, José Ignacio en México se echó en los brazos del humanismo: se dedicó a libros y papeles, y encontró a otro como él, Agustín Millares Carlo. Los dos realizaron una tarea formidable en el campo de la archivología. Publicaron varios títulos que abrieron un nuevo camino en la investigación y nos dejaron el *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*, que sigue siendo la mejor obra en su género y el mejor tratado teórico de paleografía. La UNAM fue su morada definitiva: el espacio donde enseñó paleografía y bibliología, y formó

una escuela de estas disciplinas. Además, desde 1959 tuvo a su cargo el equipo que publicaba el *Anuario Bibliográfico*, ya que en 1959 fue designado jefe del recién creado Instituto Bibliográfico Mexicano, antecedente del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

Su voz y su recuerdo aún están presentes en muchos de sus alumnos, porque supo él retomar la tradición clásica y bibliográfica de México. Se hizo mexicanista con amor porque lo que no pudo hacer en España, lo podía realizar en México; porque, había que ganar el exilio y porque, como él dijo alguna vez: “España y América tienen formas de ser paralelas en una gran cantidad de aspectos y en la geometría antigua, la que yo aprendí, las líneas paralelas se encuentran en el infinito”.² En fin, no queda sino decir que con este libro, Marco Aurelio se revela no sólo como un buen nieto, sino también como su mejor discípulo. 

Notas

1 Poesía publicada en *Los Lunes del Combatiente*, 14 de noviembre de 1938.

2 Ascensión Hernández de León Portilla, *España desde México. Vida y testimonio de transferrados*. México: UNAM, 1978, p. 285.